

Política en arqueología, (re) forzando la práctica

Dante Angelo

Universidad de Stanford

Resumen

Distintas son las metas que se ha trazado la producción de teoría arqueológica, en especial a partir de considerar los marcos de los discursos nacionalistas, multiculturalistas y postnacionales. Las relaciones entre la arqueología, política, sociedad y su confluencia en temáticas como patrimonio cultural, recursos, bienes de consumo y otros, y las connotaciones sociales y económicas de esta relación, han alterado el panorama antes definido como estrictamente académico con la irrupción de nuevos actores y contextos sociales e históricos. Es a partir de estas intrincadas relaciones que las definiciones de patrimonio cultural, identidad, comunidades locales y otras, han cobrado considerable vigencia y ha sido incluidas explícitamente como parte central de las agendas de eventos académicos y públicos. No obstante, a pesar de estos esfuerzos, cierto escepticismo es tal vez necesario (Rojinsky 2004) para poder afrontar nuevos contextos y situaciones que requieren de nuestra participación y nuestra práctica. Este artículo se refiere a esos nuevos contextos y situaciones.

Palabras clave: Arqueología, teoría, política.

Abstract

Different are the goals that have drawn up the production of archaeological theory, especially from considering the frameworks of the nationalistic, multiculturalistic and postnational utterances. The relations between archaeology, politics, society and its confluence in thematic like cultural patrimony, resources, consumer goods and others, and the social and economic connotations of this relation, have altered the academic the panorama with the irruption of new actors and social and historical contexts. It is from these relations that the local definitions of cultural patrimony, identity, local communities and others, have acquired considerable use and has been including explicitly as central part of the agendas of academic events and public. However, in spite of these efforts, certain skepticism is perhaps necessary (Rojinsky 2004) to be able to confront new contexts and situations that require of our participation and our practice. This article talks about to those new contexts and situations.

Key words: Archaeology, theory, politics

En Julio de 2003, la realización de la quinta versión del *World Archaeology Congress* (WAC) se vió afectada por repercusiones de la ocupación de las fuerzas aliadas a Irak (Hamilakis 2003; Hamilakis 2005). En tanto que algunos de sus miembros hicieron explícita su protesta negándose a asistir a las reuniones, afectando así el programa de participaciones, otros hicieron evidente la disconformidad con la postura más bien conservadora asumida oficialmente por la organización respecto del conflicto:

“La mayoría de las respuestas provenientes de la arqueología, individuales o colectivas, centraron su preocupación en la destrucción y el saqueo de antigüedades. Contrariamente a las de mucha gente,

una vasta cantidad de intelectuales, académicos y trabajadores culturales, éstas no fueron suficientemente explícitas en su oposición a la invasión ni lograron sumarse a un movimiento más amplio de oposición” (Hamilakis 2003:106).

De hecho, en la plenaria donde el tema fue abordado, una de las sugerencias – que no era necesariamente aislada sino que, rompiendo lo “políticamente correcto”, se hacía explícita – proponía la participación de arqueólogos en tácticas de avanzada a fin de poder ofrecer su experiencia para preservar el “registro arqueológico” o “nuestro patrimonio (el de la humanidad)”; al parecer, esta propuesta fue puesta en práctica con presteza desde casi el inicio mismo del conflicto (ver Hamilakis 2003:106-7).

Es definitivamente posible el pensar en otros ejemplos pero, debido a su magnitud y ramificaciones (retroactivas y futuras) en relación a concebir los procesos de reconfiguración de poder global económicas, políticas y culturales (Zizek 2002), este caso se presenta como uno de los más representativos al momento de pensar lo que Hamilakis llama “la crisis ética” o “crisis de responsabilidad”. El atolladero ético, según este autor, se produce cuando las responsabilidades para con el presente son evadidas o descuidadas, o cuando nuestra responsabilidad para con el pasado va en detrimento de ciertos presentes. Conceptos como: preservación, dato, valor científico, registro arqueológico, pasado, patrimonio y dato arqueológico van íntimamente ligadas a saqueo, consumo, estética, mercado negro, invasión/ocupación militar, futuro y conocimiento; así, diversos planos: ciencia, valores éticos, morales, intereses políticos y económicos, conforman el entreverado ámbito en el que la práctica de la arqueología tiene lugar.

Desde hace algún tiempo, la Arqueología ciertamente se presenta como una disciplina caracterizada por la dispersión (Hodder 2001; Shanks 2001); lejos de consolidarse como una práctica y corpus teórico homogéneo el surgimiento de corrientes diversas señala la versatilidad y plasticidad de la Arqueología respecto de su rol y ubicación en los espacios de producción cultural (Shanks and McGuire 1996) y de conocimiento, y los diversos contextos y entramados sociales de los que toma parte. Mucha de la crítica a este contexto (postmoderno) en el que la disciplina se sitúa está referido precisamente al relajamiento de algunos de los principios fundamentales de la ciencia, y ha derivado en una crítica del (hiper) relativismo postmoderno en la que “todo vale” (LaMotta and Schiffer 2001; Fagan and Feder 2006). Sin embargo, muchos de los aportes que argumentan por éste carácter disperso de la arqueología han mostrado también que esta dispersión, lejos de significar disociación, evidencia precisamente lo contrario (Shanks 2001; Shanks 2004). Así, estos trabajos contribuyen a articular más explícitamente las conexiones y ribetes políticos de nuestra práctica (González-Ruibal y Hernando 2006).

‘Post’ – Contextos

Este trabajo tiene como objetivo central la discusión de los aspectos socio-políticos de la práctica arqueológica en torno a tres puntos: multivocalidad, postcolonialismo, y nacionalismo. No intento, sin embargo, tratar de evaluarlos

extensivamente o situar el surgimiento de estos temas en la esfera de debate académica – algo que en definitiva no es algo sencillo (Hale 1997), quizás debido a que, en muchas formas, su presencia no implica el desplazamiento de condiciones anteriores – pero, indudablemente, estos puntos están entrelazados y se constituyen unos a otros entre sí en múltiples niveles y a través de diferentes mecanismos. Por eso, se necesita una aproximación cuidadosa a la interrelación, a veces antagónica, de éstos que, en las últimas décadas se han tornado en temas omnipresentes en el debate arqueológico. Impulsado por académicos provenientes de países que antes habían formado parte de las colonias imperiales, educados en centros académicos de Europa, e inspirados en trabajos como los de Franz Fanon y, posteriormente, Edward Said, la teoría postcolonial obtuvo un amplio reconocimiento durante la década de 1980 (Chun 2000:380). Casi paralelo, los debates acerca de las políticas de identidad y reconocimiento prepararon el terreno para las discusiones referidas al multiculturalismo y multivocalidad.

El reconocimiento del mundo “postcolonial” fue visibilizado por el surgimiento de una crítica a la razón y el poder colonial (i.e.: sus sistemas de administración vinculados a los sistemas de conocimiento). En diferentes campos académicos (especialmente en los estudios literarios, antropología y otros), la inserción de la crítica post-colonial y la crisis de representación del “Otro” (Said 1978; Clifford 1988; Fabian 2002 [1983]) han sido orientadas a cuestionar las relaciones de poder entre los centros de producción y aquellos de consumo del discurso académico, criticando su carácter colonialista (Spivak 1988; Said 1989). El término postcolonial, sin embargo, tiene más bien una connotación temporal que implica que el mundo en el que vivimos, luego de la independencia de muchas de las antiguas colonias, tiene que lidiar con las consecuencias del colonialismo (Gosden 2001). Así, por un lado, es necesario aplicar un criterio histórico diferente para referirse a aquellas colonias que continuaron formando parte de los imperios (Francia o el Reino Unido, por ejemplo) en relación a aquellas colonias de las Américas cuya independencia se produjo a inicios del siglo XIX; y, por otro, es importante tomar en cuenta sus actuales reconfiguraciones y la vigencia de nuevas formas de colonialismo.

La reconfiguración de lo global, en ese sentido, ha socavado estructuras como las de los estados nación, antes pensadas o “imaginadas” como entidades unitarias (Anderson 1991 [1983]) los cuales, de manera muy aguda, muestran sus contradicciones como entidades más bien ambiguas (Bhabha 1990; Appadurai 1996). El contexto global de las últimas décadas, el mismo que se ha caracterizado por el surgimiento activo de movimientos sociales y el posterior reconocimiento de los mismos en la palestra pública en términos de lo “multicultural” (Kymlicka 1995; Hale 2002). Además, el convulsionado panorama social agudizado por la creciente globalización económica que llevó al reconocimiento de lo “multicultural”, más como un requisito constitutivo de la globalización que como una respuesta a este proceso (Zizek 1998; Hale 2002), y a un resurgimiento de proyectos identitarios (Jones 1997; Olsen 2001) ha permeado en muchos casos los esquemas de la teoría y práctica académica antropológica (Appadurai 1996; Gupta and Ferguson 1997). A partir del reconocimiento de la multivocalidad histórica, previamente percibida como marginal, cuestiona los esquemas clasificatorios y epistemológicos previos y su incapacidad para enmarcar las configuraciones y consecuentes reconfiguraciones

socio-políticas. Así, uno de los aspectos más importantes en el que el postcolonialismo y el multiculturalismo coinciden es, quizás, en el otorgar importancia a estas múltiples narrativas (e historias), descentrando discursos dominantes y buscando develar las relaciones de poder y sus contextos.

Política más allá (y más aquí) de los márgenes

Los resultados iniciales de estos procesos empiezan a revelar sus contornos. Evidentemente, una de las pocas conclusiones preliminares en las que la mayoría de los estudiosos coinciden es que los efectos de la ola global no han sido parejos en todas partes. Así, la noción monolítica de la nación estado fracturada por la crítica poscolonial a sus narrativas dominantes diluyó, a su vez, la noción de territorios nacionales y sus fronteras (Malkki 1992). El flujo dinámico de personas, ideas, capitales, tecnología, y medios de información que ha permeado las fronteras nacionales, (Appadurai 1996; Castells 1996) ha caracterizado a la globalización influyendo en la formación de subjetividades e identidades sociales e individuales (Gupta and Ferguson 1992).

Estas reconfiguraciones y sus cambios, lejos de mostrarse simplemente en niveles macro (e.i.: la estructura de las sociedades estado y su economía), han repercutido de manera profunda en la conceptualización misma de los individuos, con la consecuente complejización de las políticas identitarias con áreas culturales que exceden los límites de estados nación o de naciones “multiculturales” en las que lo “cultural” y lo “nacional” no serán nunca más consideradas equivalentes. La amplia cobertura cedida a temas relacionados a políticas identitarias en la literatura antropológica (Hale 1997), influenció la atención y sensibilidad por los proyectos reivindicatorios en la práctica arqueológica. Al respecto, Knapp y Antoniadou señalan que “es solamente dentro de un medio teórico que aliente diversos puntos de vista que la arqueología puede desarrollar su conciencia social y su posición política” (Knapp y Antoniadou 1998). A partir de este despegue de las políticas de reconocimiento, la imagen del mundo postcolonial ha sido implícitamente equiparada con aquella de un mundo multicultural, no obstante, es curioso que en muchos casos no exista referencia entre ambas en la discusión (Gunew 1997). Así, en mi opinión, esta relación tautológica entre los estudios multiculturales y postcoloniales (desde arriba) y los movimientos que reivindican políticas identitarias (desde abajo) se muestran como proyecciones mutuamente discursivas y necesarias; así, siguiendo a Goulimari (Goulimari 2004), lo postmoderno predicó una apertura a la participación irrestricta, en un mundo global sin fronteras, pero recurrentemente esta promesa es incumplida (González-Ruibal, comunicación personal).

Es en este contexto que, en Arqueología, al parecer, el énfasis se ha tornado del debate teórico a la importancia de la práctica. A decir de algunos “la etapa de especialistas en Teoría, con T mayúscula, ha pasado probablemente” (Chadwick 2003); la práctica, al contrario ha cobrado relevancia impulsada por las reconsideraciones que tienen que ver precisamente con el reconocimiento de lo multicultural, reflexividad y la ética en la práctica. El trabajo con comunidades locales se ha afianzado recientemente como efecto de este proceso en la Arqueología latinoamericana como global, orientada principalmente a suplir aspectos

educativos relacionados a temas de patrimonio y enfatizando acciones de colaboración (Dowdall and Parrish 2002; Ayala, Avendaño et al. 2003). En ese sentido, el margen de lo político ha sido definido por un protocolo de prácticas con matices éticos (Hamilakis 2005; Meskell and Pels 2005).

Pese a que la crítica de temas como el nacionalismo, colonialismo e imperialismo (Trigger 1984) se han beneficiado con aportes de la teoría postcolonial (Gnecco 1999; Gosden 2001; Shepherd 2002), y a pesar del árduo trabajo de deconstrucción del nacionalismo (Díaz-Andreu and Champion 1996; Díaz-Andreu 1999; Benavides 2005), estos temas están lejos de estar resueltos. Contrario a lo esperado, como resultado de la consolidación de la economía y política global, los estados nación han reconfigurado su rol y, en algunos casos, promovido nuevas (y agravadas) formas de nacionalismo (Hamilakis 2005:99; Zizek 2002). Similarmente, a pesar de que el enfoque multiculturalista ha intentado aportar al debate relacionado a políticas de identidad y reconocimiento, diferencia cultural y otros (Kymlicka 1995; Paine 2000), algunos autores expresaron sus dudas al respecto de esta corriente de pensamiento y sus propuestas en la práctica (Hale 2002; Benhabib 2006).

Hamilakis (2003), por ejemplo, remarca la irónica postura pro-nacionalista adoptada por sectores representantes de la Antropología Americana (Estado Unidense) cuyas declaraciones respecto de los efectos de la invasión a Irak resaltan el rol de los países aliados como “liberador”. Paradójicamente, añade Hamilakis, “lo interesante de esta [declaración] no solo es la acrítica adopción del discurso nacionalista (especialmente cuando los arqueólogos han estado recientemente tratando de deconstruir el nacionalismo) [...] sino también la falta de la más mínima referencia a la miseria, destrucción y muerte que esta Guerra está aún provocando en la gente de Irak” (2003:106). La adopción de las teorías postcoloniales y multiculturalistas, en algunos casos con sellos culturalistas, desprovistos de la urgencia política aportan más a programas de ajuste estructural que a confrontar problemas históricos relacionados a exclusión social, desigualdad en la distribución y administración de recursos y otros (Hale 2002).

Quizás, lo más alarmante de esta situación es que después de algunos años de acostumbarnos a las ideas postcoloniales y multiculturales, hemos sucumbido a que las mismas sean devueltas a nosotros como espejismos de resistencia a procesos generados por el capital global y su incontenible avance en vez de observarlas como parte de sus bases constitutivas (Goulimari 2004, Hale 2002, Zizek 1998), perdiendo así cualquier potencial subversivo que estas implicaban.

Entre/ante la imposibilidad y la impostura

En 1997, en su revisión del estado de la cuestión respecto de las investigaciones en los Andes Centrales, Terry D’Altroy señalaba que uno de los aspectos que distinguía la práctica entre arqueólogos nacionales (suramericanos) y extranjeros (anglo-americanos y otros), se refiere al involucramiento de los primeros en temas políticos¹. Según este autor, “para los arqueólogos extranjeros, la política es usual-

1. En su análisis, D’Altroy se enfoca en analizar la producción científica de la región que comprende los países de Bolivia, Perú, Ecuador y parte de Chile. La distinción entre nacionales (miembros de cada uno de esos países) y extranjeros (aquellos procedentes de Estados Unidos o Europa) es, por tanto, bastante simple y evidente.

mente tratada como un aspecto muy aparte de las investigaciones, mientras que ésta es central en la práctica académica y la cultura viviente para los arqueólogos nacionales” (D’Altroy 1997). Este trabajo parecía sugerir también que las contribuciones de colegas suramericanos eran restringidas – en cierta forma – precisamente porque sus intereses estuvieron más relacionados o involucrados con movimientos políticos, lo cual impedía que su producción intelectual sea teóricamente relevante. Contradiciendo este punto de vista, trabajos como los de Patterson (Patterson 1986; Patterson 1989; Patterson 1994; Patterson 1997; Patterson 1999) y su debate con Oyuela-Caycedo y sus colegas (Oyuela-Caycedo, Anaya et al. 1997), y otros que fueron publicados alrededor de ese entonces (McGuire 1992; Leone, Mullins et al. 1995; Shanks and McGuire 1996; McGuire and Navarrete 1999), demuestran que no solo la formación académica anglo-americana estuvo constantemente definida por relaciones de poder, política y sus cambios. Muchos colegas no sólo manifestaron con mucha anterioridad su separación de ésta actitud neutral en la academia con posturas críticas de las connotaciones imperialistas y colonialistas inherentes a la disciplina (Trigger 1984) sino que también ofrecieron una mirada analítica de estos aspectos contribuiría a cuestionar viejos paradigmas tanto en la teoría como en la práctica (Politis 1995; Gnecco 1999; Gnecco 1999; McGuire and Navarrete 1999; Benavides 2001; Politis 2001).

La supuesta “no intervención” asumida por algunos investigadores ha venido a tornarse más bien en un protocolo de conducta respecto de los asuntos de política local y otros en los países donde éstos realizan sus trabajos (Starn 1994; Castañeda 1996; Meskell and Pels 2005). En su generalidad, este protocolo implica el mantener el bajo perfil y el “no involucramiento” en relación a situaciones y contextos – a veces conflictivos – en los que estos puedan encontrarse (González-Ruibal y Hernando 2006; Angelo En Prensa). Como dice Meskell: “los académicos occidentales pueden ser caracterizados como pertenecientes a un grupo móvil, sin raíces, quienes son sobre todo analíticos y algo alejados de la política, a pesar de sus inclinaciones de izquierda” (Meskell 2002:280).

Quizás sucesos y contextos de violencia, como aquellos sucedidos durante las dictaduras militares, cuando la represión de intelectuales de izquierda era ejercida mediante mecanismos de terror y violencia transnacionales² - o conflictos como el promovido por el surgimiento de Sendero Luminoso en las sierras del Perú, cuando investigadores estadounidenses fueron básicamente “forzados a abandonar sus regiones de estudio” (J. Parsons, comunicación personal 1998) hasta que el tenso clima político y social se apacigué - justificaron este dictum en algún momento. Sin embargo, como D’Altroy hace evidente, también revela una característica aún común en la práctica de la disciplina: la supuesta (y problemática) neutralidad científica implícita en esta percepción que separa la práctica política de la práctica científica (Castañeda 1996, Shanks 2004).

2. Este es el caso, por ejemplo, de las redes y conexiones establecidas a través del tristemente célebre “Plan Conдор” y su red internacional de inteligencia represiva existente durante los regímenes militares en gran parte de Sud America.

Así, tal vez es también importante y necesario retroceder algunas décadas para recordar que, en contextos como los de las dictaduras militares en Sur América, el estado separatista del apartheid en Sur África o la Guerra Fría previa a la caída del muro de Berlín, propuestas dentro de la disciplina confirmaron la necesidad de pensar la Arqueología más allá de sus fronteras académicas (Ucko 1987; Shepherd 2002; Shanks 2004). El surgimiento de la llamada Arqueología Social, en países de Latino América, durante las décadas de 1970 y parte de los 1980 ofrece, tal vez, el mejor ejemplo en este sentido (Lumbreras 1974). En muchos casos sin embargo, de acuerdo con McGuire y Navarrete (1999), la adopción por posturas políticas más explícitas no logró acomodarse a las realidades sociales de los diferentes países. Innegablemente, ésto tiene que ver con aquellos contextos en el que los escenarios en los cuales se desarrollaba la disciplina forzó a muchos intelectuales a adaptar (mimetizar) sus orientaciones políticas. En el ámbito académico de los Estados Unidos, por ejemplo, la abierta represión ideológica ejercida en los ambientes académicos, dio lugar a que muchos profesionales se refugiaran en el empiricismo y el materialismo como alternativas cercanas al marxismo³.

En todo caso, en países como Perú y Venezuela, donde la Arqueología tuvo un carácter contestario y ligado a corrientes de izquierda (Lumbreras 1974), ésta fue paulatinamente orientando sus objetivos hacia una práctica cada vez menos militante. En Bolivia, por ejemplo, las investigaciones se acomodaban a un discurso académico políticamente neutralizado o acallado por una práctica cientificista; así, una parte importante de la producción arqueológica y el aporte de investigadores fueron orientados principalmente hacia consideraciones y análisis tecnológicos (Angelo 2005). En este contexto, el surgimiento e inserción, primero, de la Nueva Arqueología, y luego de corrientes que remarcan condiciones postcoloniales y de apertura a la multivocalidad en los espacios latinoamericanos – como lo remarca González-Ruibal (comunicación personal) – sugiere un proceso de post-politización (Zizek 2002; Zizek 2004).

De esta forma, al priorizarse el empiricismo cientificista se dejó de lado los aspectos políticos relacionados a la disciplina (Angelo 2005; ver Politis 1995, 2003 para el caso Argentino). Entre las excepciones a esta afirmación, en el caso de Bolivia, están los trabajos de Carlos Ponce (Ponce Sangines 1978; Ponce Sangines 1980) que durante el período de regímenes dictatoriales de los 1970s y principios de los 1980s, aún enfatizaban el carácter ideológico nacionalista de la disciplina. Estos trabajos, sin embargo, no eran necesariamente disonantes o críticos de los regímenes dictatoriales de ese entonces desechando el potencial de cuestionamiento político del trabajo arqueológico donde incluso la misma ideología nacionalista, es decir, “de devoción a la nación” fue subsumida por la ideología hegemónica que emanaba del gobierno de los EEUU y que había caracterizado a los movimientos de izquierda como nocivas cimientes del comunismo que intentaba instalarse en el

3. Patterson (1986:17; 1999), sugiere que una gran parte de los intelectuales y arqueólogos profesionales estado unidenses optaron, en tiempos del McCarthismo y la guerra fría, por el evolucionismo cultural y la economía formalista como corrientes científicamente aceptadas más cercanas al materialismo histórico y la economía política, para evadir mecanismos de control político.

continente y que, por tanto, debía ser combatido. Sería fácil, aunque evidentemente poco ético y altamente arrogante, el cuestionamiento de éstos y otros autores y su trabajo como producto de una “actitud poco crítica, pusilánime y poco comprometida socialmente”, sin reconocer el contexto muy represivo de ese entonces. No obstante, hoy es necesario asumir retos históricos que ese proceso de obscurantismo político sembró en la práctica de la disciplina y cuyos efectos son aún perceptibles en la actualidad (González-Ruibal y Hernando 2006; Meskell 2002).

Vientos de cambio

Indudablemente el panorama político de América Latina y el resto del mundo ha cambiado en forma drástica en los últimos treinta años. Así por ejemplo, luego de décadas de intensas luchas sociales en contra de gobiernos dictatoriales y redes de poder y control económico y militar (los cuales, siguiendo a Wallerstein, podrían ser identificados como sistemas mundiales que controlaron la política y economía de países como Bolivia, Argentina, Chile y Paraguay hasta bien entrados los años 80s), algunos de los paradigmas que impulsaron estas luchas parecen agotados como alternativas sociales. La caída del mundo socialista a finales de los años 80, magnificada mundialmente por millares de millones de pantallas de televisión durante el derribo del muro de Berlín, consolidó el despegue de lo global promovido por las tecnologías de alcance masivo y una creciente economía de libre mercado, dando como resultado la consolidación del capitalismo a escala mundial (Latour 1993; Castells 1996). En este nuevo contexto global, la lucha contra la opresión social y las fuerzas dictatoriales vinculadas al imperialismo fue asumida como “fuera de lugar”, ya que la introducción de la democracia a los diversos países, se pensó, finalmente acababa con la violencia y represión política que había azotado severamente a éstos. La subversión se hacía innecesaria, la articulación con un mundo “libre y democrático”, en tanto, era imprescindible (Starn 1991; Starn 1994; Rojinsky 2004).

El surgimiento de la globalización desmitificó imágenes como las de Ernesto “Che” Guevara al incluirlas como una mercadería de consumo más, presentes en prendas de vestir diseñadas por representantes de la alta moda, parafernalia de la industria del rock y otros. A su vez, esto impuso la necesidad de cambio sobre otros que veían en estos procesos el momento adecuado para optar por un paradigma diferente que les permitiera vigencia o el acomodamiento en un espacio laboral, una práctica común en el ámbito académico. En cierta forma, en Latino América, muchos entusiastas seguidores de la llamada Arqueología social hicieron también lo propio. En Perú por ejemplo, nos dice Oyuela-Caycedo y colegas, estudiantes de Lumbreras dejaron de lado la “arqueología social” para abrazar la *New Archaeology* (Tantaleán 2006).

Oyuela-Caycedo y colaboradores (1997), con quienes concuerdo, contradicen el análisis provisto por Patterson (1994) en torno a la vigencia de la corriente de arqueología social de los 70's en Latino America. Estos autores analizan este fenómeno como un proceso que nunca tuvo una incidencia real en la formación de una escuela de pensamiento en el espacio académico de la arqueología y cuyas características habían sido programáticamente planteadas por Lumbreras (1974) en términos del materialismo histórico⁴. No obstante, algunos autores, como Be-

navides (2001:357; 2005), señalan que el debate respecto de la arqueología social no concluye aquí (cfr. Tantaléan 2006, para el caso peruano).

Lo cierto, sin embargo, es que la llegada del nuevo siglo saludó una nueva postura académica en arqueología que, después de una cruenta guerra teórica interna (Wylie 1995), buscaba aportar e incorporar su voz en relación a nuevos desafíos. El retorno de la democracia a diferentes países suramericanos, la caída del régimen del apartheid, el cese de la Guerra fría y la consolidación de la economía global capitalista ofrecieron el nuevo contexto en el que la práctica de la Arqueología y la Antropología tendrían lugar. Paralelo al desarrollo de la conciencia ecológica y la búsqueda frenética de protección medioambientalista, se darían las conquistas en relación al reconocimiento de minorías culturales y el afianzamiento de las políticas de multiculturalidad en diversos estados nación, abriendo espacios que los académicos muy rápido ocuparon.

¿Cuáles son algunos de los aspectos más evidentes de este proceso en el que, la práctica política y la académica parecen estar completamente divorciados? O, por el contrario ¿cómo identificamos – y denunciemos – los síntomas de un proceso que parece lograr sus objetivos de suprimir una práctica subversiva y contestataria a través de gestos que consolidan esquemas hegemónicos pretendiendo mostrar el compromiso político a partir de fórmulas progresistas y protocolos de conducta (cfr. Meskell y Pels [eds.] 2005)? ¿Cuáles son las alternativas que esta situación nos deja?

Por otra parte, pese a que la globalización y las tecnologías de información han intentado aparentemente nivelar (y pavimentar) las diferencias a través del consumo – a veces conspicuo – de las mismas. Esto no resulta en un agotamiento de estas diferencias, sino en la formalización de una industria de producción cultural que dejarían a Theodore Adorno y los miembros de la escuela de Frankfurt encandilados. En este proceso, conceptos como multiculturalidad y pluralismo cultural se prestan para acoger cómodamente, y absorber, el impacto de presiones y reivindicaciones e incluirlas como parte de programas especialmente diseñados para el caso (Hale 2002).

Así, asistimos también a un nuevo escenario donde la subjetividad política es alentada a partir del reconocimiento de su individualidad y los matices que esta pueda tener (identitarios, de clase, género y otros) – también formulada a través del consumo – desplazando la urgencia social de enfrentar las condiciones de (des)igualdad (y explotación) en las que este círculo de producción y consumo esta inmerso. Al igual que la producción de bienes de consumo cultural, el uso y consumo de recursos, mediado por normas y standards de vida revelan que el pasado, el agua, los parques naturales y las especies silvestres en peligro de extinción son nuevas fronteras en la creación de demarcadores de distinción (Bourdieu 1984). Igualmente desmovilizador resulta el proceso de co-optación de la crítica postcolonial hacia los estados nación, mediante el ensalzamiento de minorías que,

4. Contrariamente a ésto, la corriente del pensamiento marxista en la arqueología ha cobrado mayor aceptación y vigencia en otros ámbitos fuera de Latino America (ver por ejemplo McGuire 1992, McGuire & Navarrete 1999; Cf. Ludlow Collective 2003, Rolland 2006).

en gran parte de los casos, buscan reconfigurar espacios de poder que los estados nación no fueron capaces de retener luego de la crítica a sus proyectos homogeneizantes. Los embates de capitales económicos (consorcios, firmas, etc.) a países del tercer mundo, así, frecuentemente han encontrado a estos estados nación con la guardia baja (Kojan and Angelo 2005).

Política: ¿Una práctica individual o colectiva?

Es probablemente necesario detenernos de manera precisa en este punto para poder remarcar el estado actual, una extraña mezcla de confusión y ansiedad, después de la euforia que acompañó por más de una década las celebraciones del reconocimiento y lo multicultural. Lejos de haber pasado la etapa expresada por la emergente dinámica de las políticas identitarias y de reconocimiento, a la que ahora le deba seguir un proceso de reposamiento y decantación, las condiciones que este proceso está promoviendo revelan un estado de emergencia/urgencia constante. Esta urgencia reside principalmente en que, con una cada vez más completa legislación de la diferencia, cualquier excepción promueve la necesidad de nuevas estrategias de normativización a partir de su asimilación (Benavides 2005:14,18).

Variadas han sido las respuestas a esta situación. Hasta aquí, desde su creación en 1986, el WAC se ha consolidado como una organización cuyas metas principales (entre las que resalta el tratamiento de aspectos políticos relacionados a la Arqueología) la han diferenciado de otras organizaciones y cuerpos colegiados. Sin embargo, aún alberga inconsistencias internas que evidencian no solamente una variedad de opiniones y posturas, sino fundamentalmente que no es posible mantener una agenda estricta sin que ésta se adecue a las condiciones y dinámicas de cambio. Fervientes críticos del nacionalismo, heraldos del postcolonialismo, defensores del pluralismo, los arqueólogos de este nuevo siglo afrontamos una nueva situación de emergencia, la emergencia de un proceso corrosivo que hace de que muchas de estas premisas sean insuficientes para entender (y explicar) el nuevo panorama político.

El pensar la Arqueología a la luz de la práctica política nos obliga necesariamente a resituarnos, el repensar nuestra posición, tanto individual como en relación a la comunidad de pares (y otras comunidades). “Comprender Arqueología – dice Shanks – implica reflexionar en aquellas relaciones más amplias de nuestra práctica. Es ir de un tema o disciplina a pensar en las experiencias y prácticas que pueden llamarse arqueológicas” (Shanks 1992). Así, pensar en una Arqueología política nos obliga principalmente a situarnos y situar nuestra producción en relación a contextos en los que mecanismos de exclusión, explotación, opresión y otros que, inadvertidamente o no, pueden ser articulados a partir nuestras acciones e interpretaciones (González-Ruibal y Hernando 2006).

De acuerdo con Shanks y McGuire (1996:76) mucha gente no toma en serio el trabajo arqueológico por que éste es generalmente pensado como una actividad recreacional, y no como una labor creativa donde su producción (el conocimiento del pasado) tiene un valor de uso. Quizás uno de los principales problemas, sin embargo, es que muchos de nosotros mismos – los arqueólogos – todavía tene-

mos este tipo de imagen de manera profunda inscrito en nuestro subconciencia; aparentemente, para algunos es todavía difícil concebir nuestro trabajo fuera de los límites de una producción intelectual (destinada al ocio) sin ningún efecto en esferas de nuestra práctica social y política. Tal vez, en la práctica, las acciones puedan ser colectivas, sin embargo, la decisión es probablemente individual y definitivamente urgente. Quizás sea la única forma de poder reconocernos.

Agradecimientos. Una primera versión de este trabajo fue presentada en la de reunión de Teoría Arqueológica de América del Sur llevada a cabo en Catamarca, Argentina en Junio de 2007, como parte de la sesión titulada "Arqueología y Política: Reconsiderando el Concepto". Agradezco los comentarios, críticas y sugerencias vertidas a los participantes en la misma, y en especial a Alfredo González-Ruibal y Rafael Curtoni. Los errores y desaciertos, por supuesto, son enteramente míos.

Bibliografía

- Anderson, B. (1991 [1983]). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London, Verso.
- Angelo, D. (2005). "La Arqueología Boliviana: Reflexiones sobre la Disciplina a Inicios del Siglo XXI." *Arqueología Suramericana* 1(2): 185-211.
- Angelo, D. (En Prensa). *Espacios Indiscretos: Reposicionando la Mesa de la Arqueología Académica. Pueblos Indígenas y Arqueología en Latino América*. C. Gnecco and P. Ayala.
- Appadurai, A. (1996). *Modernity at large : cultural dimensions of globalization*. Minneapolis, Minn., University of Minnesota Press.
- Ayala, P., S. Avendaño, et al. (2003). "Comentarios y Discusiones en el Encuentro: 'Reflexión Sobre Patrimonio Cultural, Comunidades Indígenas y Arqueología'." *Chungara* 35(2): 379-409.
- Benavides, H. (2001). "Returning to the Source: Social Archaeology as Latin American Philosophy." *Latin American Antiquity* 12(4): 355-370.
- Benavides, H. (2005). "Los Ritos de la Autenticidad: Indígenas, Pasado y el Estado Ecuatoriano." *Arqueología Suramericana* 1(1): 5-48.
- Benhabib, S. (2006). *Las Reivindicaciones de la Cultura. Igualdad y Diversidad en la Era Global*. Buenos Aires, Katz Editores.
- Bhabha, H. (1990). Introduction: Narrating the Nation. *Nation and Narration*. H. Bhabha. New York, Routledge and Paul Keegan: 1-9.
- Bourdieu, P. (1984). *Distinction. A Social Critique of the Judgement of Taste*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Castañeda, Q. E. (1996). *In the Museum of Maya Culture. Touring Chichén Itzá*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Castells, M. (1996). *The rise of the network society*. Malden, Mass. ; Oxford, Blackwell.
- Chadwick, A. (2003). "Post-processualism, Professionalization and Archaeological Methodologies. Towards Reflective and Radical Practice." *Archaeological Dialogues* 10(1): 97-117.
- Chun, A. (2000). "Introduction: (Post)Colonialism and Its Discontents, Or the Future of Practice." *Cultural Studies* 14(3-4): 379-384.
- Clifford, J. (1988). *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature, and Art*. Harvard, Harvard University Press.
- D'Altroy, T. (1997). "Recent Research on the Central Andes." *Journal of Archaeological Research*. 5(1): 3-73.
- Díaz-Andreu, M. (1999). Nacionalismo y Arqueología: Del Viejo al Nuevo Mundo. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia. Anais da I Reunião Internacional de Teoria Arqueológica na América do Sul*. M. I. D'Agostino Fleming. São Paulo, Universidade de São Paulo. 3: 161-180.
- Díaz-Andreu, M. and T. Champion (1996). *Nationalism and archaeology in Europe*. London, UCL Press.
- Dowdall, K. and O. Parrish (2002). *A Collaborative Approach to Archaeology on the Sonoma Coast*, California. S. University. Stanford: 11.
- Fabian, J. (2002 [1983]). *Time and the Other. How Anthropology Makes its Object*. New York, Columbia University Press.
- Fagan, G. and K. Feder (2006). "Crusading Against Straw Men: An Alternative View of Alternative

Archaeologies: Response to Holtorf (2005)." *World Archaeology* 38(4): 718-729.

- Gnecco, C. (1999). Archaeology and historical multivocality: A reflection from the Colombian multicultural context. *Archaeology in Latin America*. G. Politis and B. Alberti. London ; New York, Routledge: 258-270.
- Gnecco, C. (1999). Multivocalidad histórica. Hacia una cartografía postcolonial de la arqueología. Bogotá, Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes.
- González-Ruibal, A. and A. Hernando (2006). Archaeologists as witnesses. *Genealogies of destruction in the Amazon forest*, Archaeolog. 2007: Blog about Archaeology and archaeological themes.
- Gosden, C. (2001). *Post-colonial Archaeology: Issues of Culture, Identity, and Knowledge*. Archaeological Theory Today. I. Hodder. Cambridge, Polity Press: 241-261.
- Goulimari, P. (2004). "'Myriad Little Connections': Minoritarian Movements in the Postmodernism Debate." *Postmodern Culture* 14(3).
- Gunew, S. (1997). "Postcolonialism and Multiculturalism: Between Race and Ethnicity." *Yearbook of English Studies* 27: 22-39.
- Gupta, A. and J. Ferguson (1992). "Beyond 'Culture': Space, Identity and the Politics of Difference." *Cultural Anthropology* 7(1): 6-23.
- Gupta, A. and J. Ferguson, Eds. (1997). *Culture, Power and Place. Explorations in Critical Anthropology*. Durham and London, Duke University Press.
- Hale, C. (1997). "Cultural Politics of Identity in Latin America." *Annual Review of Anthropology* 26: 567-590.
- Hale, C. (2002). "Does Multiculturalism Menace? Governance, Cultural Rights and the Politics of Identity in Guatemala." *Journal of Latin American Studies*(34): 485-524.
- Hamilakis, Y. (2003). "Iraq, stewardship and 'the record'. An ethical crisis for archaeology." *Public Archaeology* 3: 104-111.
- Hamilakis, Y. (2005). "Whose World and Whose Archaeology? The Colonial Present and the Return of the Political." *Archaeologies* 1(2): 94-101.
- Harding, S. (2001). "Multiculturalism and Postcolonialism: What Difference Do They Make to Western Scientific Epistemology?" *Science Studies* 14(1): 45-54.
- Hodder, I. (2001). Introduction: A Review of Contemporary Theoretical Debates in Archaeology. *Archaeological Theory Today*. I. Hodder. Cambridge, Polity Press: 1-13.
- Jones, S. (1997). *The Archaeology of Ethnicity. Constructing Identities in the Past and Present*. London, Routledge.
- Knapp, A. B. and S. Antoniadou (1998). *Archaeology, Politics and the Cultural Heritage of Cyprus. Archaeology Under Fire: Nationalism, Politics and Heritage in the Eastern Mediterranean and Middle East*. L. Meskell. London, Routledge: 13-43.
- Kojan, D. and D. Angelo (2005). "Dominant Narratives, Social Violence and the Practice of Bolivian Archaeology." *Journal of Social Archaeology* 5(3): 383-408.
- Kymlicka, W. (1995). *Multicultural Citizenship. A Liberal Theory of Minority Rights*. Oxford New York, Clarendon Press ; Oxford University Press.
- LaMotta, V. and M. Schiffer (2001). *Behavioral Archaeology: Toward a New Synthesis*. Archaeological Theory Today. I. Hodder. Cambridge, Polity Press: 14-64.
- Latour, B. (1993). *We Have Never Been Modern*. Stanford, Stanford University Libraries.
- Leone, M., P. Mullins, et al. (1995). Can an African-American Historical Archaeology Be an Alternative Voice? *Interpreting Archaeology: Finding Meaning in the Past*. I. Hodder, M. Shanks, A. Alexandriet al. London, Routledge: 110-124.
- Lumbreras, L. (1974). *La arqueología como ciencia social*. Lima, Ediciones Histar.
- Malkki, L. (1992). "National Geographic: The Rooting of Peoples and the Territorialization of National Identity among Scholars and Refugees." *Cultural Anthropology* 7(1): 24-44.
- McGuire, R. (1992). *A Marxist Archaeology*. San Diego, Academic Press.
- McGuire, R. and R. Navarrete (1999). "Entre motocicletas y fusiles: las arqueologías radicales anglosajona e hispana." *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*(3): 181-199.
- Meskell, L. (2002). "The Intersections of Identity and Politics in Archaeology." *Annual Review of Anthropology* 31: 279-301.
- Meskell, L. and P. Pels, Eds. (2005). *Embedding Ethics*. Oxford, Berg.
- Olsen, B. (2001). *The End of History? Archaeology and the Politics of Identity in a Globalized World*. Destruction and Conservation of Cultural Property. R. Layton, P. Stone and J. Thomas. London,

- Routledge. 41: 42-54.
- Oyuela-Caycedo, A., A. Anaya, et al. (1997). "Social Archaeology in Latin America? Comments to T.C. Patterson." *American Antiquity* 62(2): 365-374.
- Paine, R. (2000). *Aboriginality, Authenticity and the Settler World. Signifying Identities. Anthropological Perspectives on Boundaries and Contested Values.* A. Cohen. London, Routledge: 77-116.
- Patterson, T. (1986). "The Last Sixty Years: Toward a Social History of Americanist Archaeology in the United States." *American Anthropologist* 88(1): 7-26.
- Patterson, T. (1989). "History and the Postprocessual Archaeologies." *Man* 24(4): 555-556.
- Patterson, T. (1994). "Social archaeology in Latin America: An appreciation." *American Antiquity* 59(3): 531-537.
- Patterson, T. (1997). "A reply to A. Oyuela Caycedo, A. Anaya, C.G Elera and L.M. Valdez." *American Antiquity* 62(2): 375-376.
- Patterson, T. (1999). "The Political Economy of Archaeology in the United States." *Annual Review of Anthropology* 28: 155-174.
- Politis, G. (1995). *The Socio-Politics of the Development of Archaeology in Hispanic South America. Theory in Archaeology: A World Perspective.* P. J. Ucko. London, Routledge: 197-235.
- Politis, G. (2001). "On archaeological praxis, gender bias and indigenous peoples in South America." *Journal of Social Archaeology* 1(1): 90-107.
- Ponce Sangines, C. (1978). "Apuntes sobre el desarrollo de la arqueología nacional." *Publicación - Instituto Nacional de Arqueología*(25): 22.
- Ponce Sangines, C. (1980). *Panorama de la arqueología Boliviana.* La Paz, Bolivia, Librería y Editorial Juventud.
- Rojinsky, D. (2004). "Who Speaks for the 'Argentine' Past? Respiración Artificial as Unwitting Oracle to a Catastrophic Future." *Journal of Latin American Cultural Studies* 13(3): 357-373.
- Said, E. W. (1978). *Orientalism.* London, Routledge & Kegan Paul.
- Said, E. W. (1989). "Representing the Colonized." *Critical Inquiry* 15: 205-225.
- Shanks, M. (1992). *Experiencing the Past.* London, Routledge.
- Shanks, M. (2001). *Culture/Archaeology: The Dispersion of a Discipline and its Objects. Archaeological Theory Today.* I. Hodder. Cambridge, Polity Press: 284-305.
- Shanks, M. (2004). *Archaeology/Politics. The Blackwell Companion to Archaeology.* J. L. Bintliff. Oxford, Blackwell: 490-508.
- Shanks, M. and R. McGuire (1996). "The Craft of Archaeology." *American Antiquity* 61(1): 75-88.
- Shepherd, N. (2002). "The Politics of Archaeology in Africa." *Annual Review of Anthropology* 31: 189-209.
- Spivak, G. C. (1988). *Can the Subaltern Speak? Marxist Interpretations of Literature and Culture: Limits, Frontiers, Boundaries.* L. Grossberg and C. Nelson. Urbana, University of Illinois: 271-313.
- Starn, O. (1991). "Missing the Revolution: Anthropologists and the War in Peru." *Cultural Anthropology* 6(1): 63-91.
- Starn, O. (1994). "Rethinking the Politics of Anthropology: The Case of the Andes." *Current Anthropology* 35(1): 13-38.
- Tantaleán, H. (2006). "Arqueología y Sociedad." *La Arqueología Marxista en el Perú: Génesis, Despliegue y Futuro*(17): 33-47.
- Trigger, B. G. (1984). "Alternative Archaeologies: Nationalist, Colonialist, Imperialist." *Man, New Series* 19(3): 355-370.
- Ucko, P. J. (1987). *Academic freedom and apartheid : the story of the World Archaeological Congress.* London, Duckworth.
- Wylie, A. (1995). *Alternative histories: epistemic disunity and political integrity. Making Alternative Histories: The Practice of Archaeology and History in Non-Western Settings.* P. Schmidt and T. Patterson. Santa Fe, NM, School of American Research Press: 255-272.
- Zizek, S. (1998). *Multiculturalismo, o la lógica del capitalismo multinacional. Estudios Culturales. Reflexiones Sobre el Multiculturalismo.* F. Jameson and S. Zizek. Buenos Aires, Paidós: 137-188.
- Zizek, S. (2002). *Welcome to the desert of the real! : five essays on September 11 and related dates.* London ; New York, Verso.
- Zizek, S. (2004). "The Parallax View." *New Left Review* 25: 121-134.